

# TRES VISIONES SOBRE CAPITAL SOCIAL: BOURDIEU, COLEMAN Y PUTNAM

JORGE RAMÍREZ PLASCENCIA\*

Conforme ha crecido el interés sobre el concepto de capital social y se han multiplicado sus aplicaciones empíricas, el debate teórico de base ha tendido cada vez a ser más superficial y selectivo de las fuentes intelectuales de que se nutre. El predominio en ascenso de la visión de Putnam sobre la idea ha ocasionado, en lo general, un descuido en la revisión y discusión de las maneras diversas de concebir al capital social que le precedieron. Las aportaciones de Coleman y Bourdieu continúan siendo referencias constantes en la literatura que está surgiendo sobre el tema, pero cada vez más ocupando un lugar meramente simbólico en el marco de una historia intelectual que no alumbraba nuevas reflexiones ni provoca mayores discusiones intelectuales. En este contexto, el presente trabajo se propone realizar una reconstrucción sistemática del concepto de capital social como fue elaborado, de manera relativamente independiente, por Bourdieu, Coleman y Putnam. El interés es poner en evidencia las similitudes, pero sobre todo las grandes diferencias que subyacen a su entendimiento particular de la idea, motivadas por sus diversas formas de concebir a la sociedad y de reflexionar acerca de ella.

Antes de 1993, el interés sobre el concepto de capital social provenía de un reducido número de académicos que abrevaban casi exclusivamente en los trabajos de James S. Coleman sobre el tema publicados originalmente en 1988 y 1990 (véase, respectivamente, Coleman 2000a y 2000b). Dos casos notables en este sentido fueron el de Elinor Ostrom, quien recurrió al concepto en su famosa publicación de 1990 para comprender la lógica de administración de los bienes comunes (véase Ostrom, 2000) y, desde luego, de Robert D. Putnam, quien lo usó, modificándolo, para analizar el desempeño de los gobiernos regionales de Italia (véase Putnam, 1993; 1993a; y Helliwell y Putnam, 1995). La idea de capital social parecía entonces un invento de Coleman y sus publicaciones eran prácticamente las únicas fuentes teó-

ricas conocidas. Esto cambió pronto a raíz del enorme impacto provocado por las investigaciones de Putnam. La publicación de su libro sobre Italia y su temprana aplicación del concepto para describir la vida cívica de los Estados Unidos (Putnam, 1995 y 1995a), colocaron su versión del capital social en el primer plano de las discusiones, opacando en cierta forma la visión más ambiciosa del concepto creada inicialmente por Coleman. También motivaron el surgimiento de un interés extraordinario por el concepto que propició, entre otros efec-

tos, el que gradualmente se descubriera a otros precursores de la idea. Hoy sabemos que a lo largo del siglo XX hubo varios autores que usaron el término con el significado que se usa actualmente antes de que fuera planteado por Coleman<sup>1</sup>. Entre ellos, se destaca el sociólogo francés Pierre Bourdieu. Bourdieu había incorporado el concepto en su aparato teórico en la década de los setenta, o incluso antes, y había realizado una exposición refinada de la idea en un artículo publicado en inglés en 1985 como parte de un libro consagrado a la so-

\* Profesor-investigador de la Universidad de Guadalajara.

<sup>1</sup> Entre estos autores y los años en que lo usaron, al parecer sin tener noticia entre sí, cabe mencionar al filósofo John Dewey (1900); al reformador educativo Lida Hanifan (1916); a la socióloga Jane Jacobs (1961); al antropólogo Ulf Hannerz (1969); al sociólogo Pierre Bourdieu, (1970 o antes); al sociólogo Glenn Loury, 1977 y al economista Ekkehart Schlicht (1984) entre otros (véase Farr, 2004 y Putnam, 2002).

ciología de la educación<sup>2</sup> (véase Bourdieu, 2000)<sup>3</sup>.

Sin embargo, esta conciencia más informada sobre los orígenes del concepto pocas veces ha dado lugar a una discusión más rigurosa de los antecedentes intelectuales de la idea y, sobre todo, de los presupuestos y matices teóricos que articulan la noción en cada uno de los autores principales que la trataron inicialmente. Es común observar una inercia a seguir considerando a Coleman como el progenitor de la idea y, por lo tanto, a no discutir las fuentes previas<sup>4</sup>. Dicha inercia puede observarse en el mismo Putnam, quien a pesar de reconocer en *Bowling Alone*, su conocida publicación del año 2000, el carácter precursor de Bourdieu sobre el concepto (véase Putnam, 2002), recientemente afirma que Coleman “es considerado justificadamente el padre intelectual del campo” (de investigación sobre el capital social) (Putnam, 2004: 668). Es posible percatarse también de que si bien Bourdieu aparece reiteradamente citado en la literatura, no se discuten a fondo sus ideas y menos se aplican en la investigación empírica<sup>5</sup>. Esta relativa ausencia de Bourdieu en la discusión del tema ha sido deplorada por autores que, como Fine<sup>6</sup>, estiman que con ello se deja fuera una noción crítica del concepto, de corte más sociopolítico, que permite una apropiación despolitizada del término por entidades como el Banco Mundial<sup>7</sup>. También es posible darse cuenta de un tratamiento del concepto que privilegia las concordancias y semejanzas entre los autores de la idea y omite sus profundas diferencias (véase, vgr., Adler y Kwon, 2000). Pareciera así que tanto Bourdieu, como Coleman y Putnam, iluminaron en esencia los mismos fenómenos con el concepto, pero recurriendo a proposiciones y palabras distintas. Las perspectivas de teoría que están detrás de sus aproximaciones, y que abren grandes brechas entre sus ideas, no son tomadas en cuenta. Es fácil comprobar, por últi-

mo, que la versión del concepto expuesta por Putnam ha tendido cada vez más a dominar la discusión y el trabajo académico sobre el tema, particularmente como punto de partida y marco orientador para toda clase de investigaciones empíricas (véase, vgr., Kawachi y Kennedy, 1997; Szreter y Woolcock, 2004; Knack, 2002)<sup>8</sup>. El trabajo de Coleman, y no digamos el de Bourdieu o Loury, otro de los precursores importantes del concepto, suele aparecer como antecedente general o como autores que abonan una misma definición del término, pero es mayormente el trabajo de Putnam el que se discute o usa con fines de investigación.

A contracorriente de esta tendencia, este trabajo busca indagar en las fuentes intelectuales constitutivas de la idea como fueron originalmente expuestas en Bourdieu, Coleman y Putnam. Su interés es reconstruir la visión del capital social que formularon cada uno de ellos. Un ejercicio de este tipo parece indispensable dado el

creciente uso de la idea para explicar toda clase de fenómenos en los más distintos campos de las ciencias sociales (salud, familia, trabajo y empleo, criminalidad, empresa, pobreza y desarrollo, democracia y eficacia gubernamental, migración, etc.) y en virtud de que, como tratamos de demostrarlo líneas arriba, el debate se hace cada vez menos informado y más selectivo de las fuentes a las que recurre. En general, pretendemos enfatizar más las diferencias de fondo que separan a cada una de estas visiones que las coincidencias que existen entre ellas. Creemos que poner en evidencia las múltiples tensiones de tipo principalmente teórico que están en la base de sus respectivos tratamientos del concepto pueden ser más instructivas que el expediente más fácil de ignorarlas o dar por sentado que no tienen relevancia. *Bourdieu: el capital social como mecanismo de diferenciación social y reproducción de las clases.*

El uso de la expresión “capital social” en Bourdieu habría que remon-

- 2 Según Smith y Kulynych (2002) y Lévesque (2000) dicho artículo se había publicado dos años antes en lengua alemana.
- 3 Ostrom y Putnam no conocieron esta contribución de Bourdieu en las publicaciones que hemos citado. Coleman citó a Bourdieu en su trabajo de 1990, refiriendo únicamente su contribución preliminar y temprana de 1980, publicada en francés. Un caso distinto fue el de Alejandro Portes, uno de los primeros sociólogos en usar el concepto y quien ha hecho contribuciones importantes para su desarrollo. En un artículo publicado en 1993, Portes acreditó a Bourdieu como el introductor del concepto al campo de la discusión sociológica (véase Portes y Sensenbrenner, 1993).
- 4 Las contribuciones reunidas por Dasgupta y Serageldin (2000) pueden tomarse como un buen ejemplo de la centralidad que se concede a Coleman y, desde luego a Putnam, en la génesis de la idea.
- 5 En una de sus últimas publicaciones, Bourdieu se refirió a este especie de olvido de sus ideas explicándolo sutilmente como un efecto del “mercado extremadamente protegido de la sociología norteamericana” (Bourdieu, 2001: 16).
- 6 Fine (2001: 52) ha señalado irónicamente cómo la presencia de Bourdieu en la bibliografía sobre el tema ha sido más bien marginal y simbólica, convirtiéndose en una muestra del capital académico simbólico de autores y artículos.
- 7 Para una visión global de estas críticas y su defensa es instructivo consultar a Bebbington (2004)
- 8 El predominio de la visión del capital social aportada por Putnam ha dado lugar a reacciones críticas entre académicos para quienes las ideas de Coleman al respecto son más valiosas (vgr. Greeley, 1997).

tarlo, en sus palabras, a sus primeros trabajos de etnología en Argelia. Ahí lo habría introducido para explicar “diferencias residuales ligadas, *grosso modo*, a los recursos que pueden reunirse, por procuración, a través de las redes de ‘relaciones’ más o menos numerosas y ricas” (Bourdieu, 2001:16). Es posible entonces que su uso de la idea se remonte a la década de los sesenta, aunque debió tratarse de un uso ocasional y poco sistemático. Esto puede deducirse si revisamos uno de sus primeros trabajos publicado, *La reproducción*, que apareció en 1970. En ese texto, la expresión aparece mencionada en el denso y barroco esquema que diseñó, junto con Passeron, para dar cuenta del papel del sistema escolar en la reproducción de los privilegios de clase (Bourdieu y Passeron, 1995:136). Sin embargo, la noción no llega a ser especificada. Los conceptos de capital cultural y lingüístico y el de *habitus* reciben, a cambio, una mayor precisión. Fue en su estudio de 1979 sobre los criterios y bases sociales del gusto donde el concepto adquiere mayor visibilidad. Aparece varias veces a lo largo del libro. Cuando se le invoca, las más de las veces es como parte de una enumeración sobre las diversas formas de capital (económico y cultural). Sólo en un pasaje la noción llega a ser clarificada con suficiente precisión para indicar que:

...los miembros de las profesiones liberales (y en particular los médicos y los abogados) invierten... en unos consumos apropiados para simbolizar la posesión de los medios materiales y culturales aptos para ajustarse a las reglas del arte de vivir burgués y capaces de asegurarles con ello un *capital social*, capital de relaciones mundanas que pueden, llegado el caso, proporcionar ‘apoyos’ útiles, capital de honorabilidad y respetabilidad que a menudo es indispensable para atraerse o asegurarse la confianza de la buena sociedad y, con ello, su clientela, y que puede convertirse, por ejemplo, en una carrera

política (*ibid*, 1988:118, subrayado en el original)

Fue un artículo publicado un año después en las *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, donde el concepto es objeto de un examen más detenido. Sin embargo, el propio título de este artículo, “Le capital social: notes provisoires”, era indicativo del estado embrionario que tenía el concepto en su pensamiento y de la necesidad de un mayor desarrollo. De hecho, la extensión de aquel texto no era superior a las dos páginas. Debieron transcurrir tres años más para que Bourdieu publique una elaboración más acabada de la noción en el artículo “The forms of capital”, publicado en inglés en 1985. Ahí el concepto cobra una relevancia especial, con un poder explicativo equivalente a los conceptos de capital económico y capital cultural, al último de los cuales dedicó grandes apartados en sus obras anteriores.

En “Las formas del capital” Bourdieu situó el concepto de capital social como una herramienta explicativa para efectos sociales que no podrían ser comprendidos de otra manera. A decir de una nota a pie de página de este texto, introducir la noción de capital social hacía posible entender por qué dos personas con cantidades equivalentes de capital económico o cultural, obtenían diferentes beneficios. Dichas diferencias provenían de lo que el sentido común nombra con frecuencia como tener “influencias” o “relaciones” (Bourdieu, 2000b), lo cual no es otra cosa que la capacidad de los individuos para “movilizar en su favor el capital de un grupo más o menos institucionalizado y rico en capital” (*ibid*, 2000: 149). Este capital se constituiría

por la totalidad de los recursos potenciales o actuales asociados a la posesión de una red duradera de *relaciones* más o menos institucionalizadas de conocimiento y reconocimiento mutuos. Expresado de otra forma, se trata

aquí de la totalidad de recursos basados en la *pertenencia a un grupo* (*op. cit*, 2000: 148; *énfasis* en el original)

En esta definición que ofrece Bourdieu habría cuatro elementos esenciales que la articulan y que es necesario precisar para entender el alcance de su propuesta: la pertenencia a un grupo, la existencia de relaciones de intercambio material y simbólico que se dan en su interior, su grado de institucionalización y los recursos que posee dicho grupo.

Bourdieu vio en la pertenencia a un grupo o una red de relaciones por parte de los individuos un requisito indispensable para la existencia del capital social. A diferencia del capital económico y cultural en posesión de las personas, que podían ser perfectamente inteligibles desde el individuo, el capital social demandaba la existencia de un grupo o una red duradera de relaciones sociales. Bourdieu llegó a nombrar a varios de estos grupos: la familia, un club selecto y la aristocracia. Es fácil darse cuenta de algunas características que tiene estos grupos sociales y que Bourdieu debió tener en mente para enumerar a éstos y no a otros: su relativa estabilidad y permanencia, esto es, su institucionalización; su posesión de límites relativamente precisos, que los definen y distinguen de los demás, y que sus miembros se preocupan por conservar; y, sobre todo, su posible vinculación con diferencias sociales más amplias.

Volveremos sobre este último punto más adelante. Concentrémonos por el momento en el elemento del intercambio social. Hay que decir sobre esto que las redes sociales o los grupos poseedores de capital social se constituyen y mantienen a partir, como ya vimos, de “los consumos apropiados” que hacen sus miembros para simbolizar una “vida burguesa”, pero también especialmente a partir de los actos de intercambio que sostienen entre sí. Lo que se intercambia son bienes a la vez materiales y sim-

bólicos (“palabras, regalos, mujeres, etc.”) que da lugar, y presupone, conocimiento y reconocimientos mutuos entre sus miembros. Dicho intercambio asume la forma de un toma y daca en apariencia desinteresado, gratuito y voluntario, pero que genera en realidad un cúmulo de obligaciones duraderas que “se apoyan bien sobre sentimientos subjetivos (de reconocimiento, respeto, amistad, etc.), bien sobre garantías institucionales (derechos o pretensiones jurídicas)” (*op.cit.*, 2000: 151 y 152) y que, junto con el “conocerse y reconocerse” mutuo, sirve para fijar los límites del grupo.

La dinámica de esta clase de relaciones de intercambio requiere, y a la vez produce, una cierta institucionalización del grupo, la cual se logra por “adopción de un nombre común” o mediante “actos de institucionalización”. Para Bourdieu, la institucionalización es una característica central del capital social que le hace asumir “una existencia cuasi-real”. Las relaciones sociales difusas, motivadas por la cercanía física o social, no podían considerarse relaciones generadoras de capital social, menos aún la simple sociabilidad entre conocidos que otros autores han considerado como parte del capital social (vgr., Putnam, 2002). En la perspectiva de Bourdieu, para que esta clase de relaciones se transformen en relaciones de capital tendrían que estar basadas en “el reconocimiento de un mínimo de homogeneidad” (Bourdieu, 2000: 150) entre quienes las forman, estar penetradas por relaciones de intercambio y recibir cierta institucionalización. Bourdieu aduce que el capital social en posesión de un grupo tiende a concentrarse en manos de un individuo o unos pocos mediante “delegación institucionalizada”, tanto más conforme el grupo sea más grande y menos poderoso (Bourdieu, 2000). Pareciera un mecanismo inevitable para proteger al grupo y al capital acumulado por él frente a las “equivocaciones individuales” o “las amenazas de deshonor”.

En la definición de Bourdieu, el capital social implica recursos en posesión de grupos. No es meramente una red amplia de conocidos o vecinos, a los que las reglas de cortesía obliguen a cierto trato recíproco. Para que esta red tenga efectos de capital social debe ser capaz de movilizar recursos. Incluso el capital social son estos recursos aportados por las redes. Pero ¿de qué clase de recursos se trata? Bourdieu no es claro sobre ello. Líneas más adelante del mismo artículo de 1985, Bourdieu escribe sobre los “beneficios” que se derivan para los individuos que pertenecen a un grupo. Debemos suponer que recursos y beneficios son equivalentes. Bourdieu distingue entre beneficios materiales y beneficios simbólicos, pero ningún de los dos recibe una definición precisa. Sólo son ilustrados a través de ejemplos. Es el caso, como vimos, cuando escribe que los bienes intercambiados pueden ser “palabras, regalos, mujeres, etc.”. De manera más amplia, apunta que los beneficios materiales pueden ser, “...por ejemplo, los múltiples favores asociados a las relaciones provechosas”, en tanto los beneficios simbólicos podrían ser “aquellos que resultan de la pertenencia a un grupo selecto y prestigioso” (*op.cit.*:151). Es probable que Bourdieu no se haya visto precisado a ofrecer una acotación clara de los beneficios desprendidos de la pertenencia a un grupo en razón de que los fines de los actores que se aprovechan de ellos pueden ser en extremo variados, de modo que sólo la investigación empírica puede desvelar, en cada caso, de qué beneficios se trata.

Estos componentes esenciales del concepto de capital social que ofrece

Bourdieu, no agota todo su análisis. Su tratamiento del capital social tiene, por lo menos, dos implicaciones teóricas y analíticas que es necesario poner de relieve para comprender el funcionamiento del concepto dentro de su perspectiva teórica general: la primera, es la conexión del capital social con diferencias sociales más amplias, en particular las relacionadas con la clase social, en tanto la segunda es la vinculación del concepto con los fenómenos del poder.

La idea de capital social que elabora Bourdieu, como las restantes formas de capital que analiza, guardan una estrecha relación con la noción de clase social<sup>9</sup>. Bourdieu llegó a reconocer al capital social como un poder o fuerza que era a la vez causa y efecto de las diferencias entre clases sociales. El capital social, junto al económico, cultural y simbólico, son “esos poderes sociales fundamentales” que forman la estructura de un espacio social dado —como la sociedad francesa, por ejemplo—. Los individuos se distribuyen en ese espacio social en función del volumen de capital que poseen, de la composición de ese capital y de su evolución en el tiempo (*ibid.*, 2000a: 106). En el mismo texto de 1985, se puede inferir que el capital social encuentra su expresión más lograda si se interpreta, sobre todo, como un recurso disponible en mayor proporción por grupos “privilegiados”, de elite o “distinguidos”. En la nobleza, a la que Bourdieu se refiere como el ejemplo más claro del principio de delegación del capital (*op. cit.*, 2000:156), o en su enumeración de grupos institucionalizados y ricos en capital como los antiguos alumnos de un colegio de elite, un club selecto y la aristocracia, se

► <sup>9</sup> Ben Fine (2001) advierte cómo la noción de capital en Bourdieu llega rápidamente a identificarse con grupos socioeconómicos. Adam y Roncevic (2003: 159), por su parte, observan un nexo parecido que recorre toda la distinción de Bourdieu sobre las formas del capital al decir que “su elaboración de las diversas formas del capital (económico, cultural, simbólico) tiene el propósito de explicar los mecanismos de preservación del sistema de estratificación social y la legitimación de la estrategia de reproducción de la clase dominante”

encuentra una ilustración muy clara de esta vinculación del concepto con el análisis de las clases sociales.

Habría que suponer entonces que existen grupos cuya posesión de capital social es mayor al de otros. Esto es así porque, como el propio Bourdieu anota, el volumen de capital social al alcance de un individuo depende no sólo de la red de conexiones que posea, sino “del volumen de capital (económico, cultural o simbólico) poseído por aquellos con quienes está relacionado” (*ibid.*, 2000:150). El volumen de capital social en posesión de una red, a final de cuentas, dependería en gran medida del volumen de capital económico y cultural de ese grupo. Esto ocasionaría lógicamente una distribución desigual del capital social entre los grupos o redes que conforman la sociedad. Bourdieu nunca supuso una sociedad conformada por grupos o redes con disposiciones equivalentes de capital social<sup>10</sup>. La imposibilidad de que algo así sucediera se explica, primero, porque para Bourdieu la acumulación de capital social requiere una inversión de tiempo y energía, y por consecuencia, “directa o indirectamente de capital económico” (*op. cit.*: 153). Para participar en una red y mantenerse en ella, cada individuo necesita desarrollar una estrategia de inversión con esos fines que lleva aparejado costos. En segundo lugar, hay que tener en cuenta que para Bourdieu el capital social “no es nunca totalmente independiente” (*op. cit.*: 150) del capital económico y cultural en posesión de un individuo ni del que, por su parte, poseen los demás miembros de la red, aunque tampoco se reduzca a ellos. Gran parte de su esfuerzo analítico se orientó a mostrar las transformaciones recíprocas que se daban entre estas clases de capital. En su artículo de 1985 le dedica considerable atención. Lo mismo sucedió en los breves pasajes que dedicó al tema en sus ensayos publicados un año antes con el título

de *Cuestiones de sociología*. En ese texto, explica que construir el concepto de capital social es

“producir el instrumento para analizar la lógica según la cual esta especie particular de capital se acumula, transmite, reproduce; el instrumento para comprender cómo se transforma en capital económico y, a la inversa, el coste del esfuerzo que supone convertir el capital económico en capital social.” (*ibid.*, 2000b: 57)

Ciertamente, hay indicios en los textos de Bourdieu donde el capital social busca ser un recurso de teoría útil para explicar no sólo la dinámica de constitución de sociedades modernas divididas en clases. Al incluir a la familia entre los grupos detentadores de capital social o al referirse a ella como “principal ámbito para la acumulación y transmisión de esta especie de capital” (*idem*); o al mencionar que entre los bienes intercambiados se encuentran no sólo palabras y regalos, sino también mujeres (institución que parece más propio de una sociedad poco diferenciada); o al suponer que uno de los grupos donde ocurre la delegación institucionalizada de capital social en manos de uno o unos cuantos, puede ser la nación entera (*ibid.*, 2000: 154), Bourdieu parecería querer empujar su teoría del capital social más allá de una estrecha conexión con la teoría de las clases sociales y convertirla en pieza importante de una teoría social más general, de naturaleza antropológica, capaz de iluminar procesos de estratificación social en cualquier clase de sociedad y la dinámica de constitución del poder político. Estas pretensiones,

sin embargo, nunca fueron más que un esbozo, limitadas a penetrantes intuiciones, que dejaron intacta la corriente principal de argumentación en torno a suponer que el capital social es un recurso íntimamente conectado con la formación y reproducción de las clases sociales en una sociedad moderna y diferenciada.

Una característica adicional del enfoque de Bourdieu es el vínculo que establece con los problemas de la representación política y, en forma más general, con el poder. Se pueden identificar tres aspectos de esta ligazón del capital social con el poder. El primero es la estrecha cercanía conceptual que establece entre ambos. Como ya mencionamos, para Bourdieu la estructura de todo espacio social está constituida por lo que llama “poderes sociales fundamentales”. El capital social sería uno de sus poderes<sup>11</sup>. El segundo deriva de la conexión previamente analizada entre capital social y diferenciación social. En la medida en que el capital social es un recurso desigualmente distribuido entre los diversos grupos o redes que conforman una sociedad, crea y refuerza relaciones sociales asimétricas. Smith y Kulynych (2002: 158) han detectado esta consecuencia que se desprende de la teoría de Bourdieu al argumentar que, mientras la concepción de Coleman sobre el capital social, puede describirse más propiamente como *poder para*, la de Bourdieu “cuyo proyecto es comprender la reproducción de clase, status y relaciones de poder, es más *poder sobre*” (*énfasis* en el original). El tercer aspecto se hace evidente cuando Bourdieu introduce la idea de que el capi-

► <sup>10</sup> Que no lo hiciera da cuenta los múltiples estudios empíricos que realizó y que muestran, al contrario, cómo la desigual posesión de capital crea diferencias profundas entre individuos y grupos (véase, por ejemplo, su análisis sobre la apropiación del espacio físico, territorial, y de los bienes asociados a ellos, en función de las diferencias de capital económico, cultural y social, incluido en Bourdieu, 1999: 119-123).

<sup>11</sup> Fine (2001) ha advertido esta identificación que hace Bourdieu entre el concepto de poder y el de capital social que provoca que lleguen a ser casi sinónimos.

tal social puede ser objeto, como ya mencionamos, de “delegación institucionalizada” al interior del grupo, lo cual produce su concentración en manos de uno o unos cuantos quienes adelante ejercen la tarea de representarlo y pueden disponer de “la totalidad del capital social” en su haber. No es muy claro por qué Bourdieu hace esta vinculación con los problemas asociados a la representación política. Probablemente esta asociación sea inevitable si, como presuponemos, Bourdieu comprendió a los grupos sociales como grupos formales, perfectamente delimitados y dotados con una identidad propia. Sólo en esta clase de grupos, que se ven obligados a resolver problemas de coordinación de la acción colectiva mediante recursos de organización, vienen al caso los problemas de la representación y delegación de poderes. Como fuese, lo cierto es que la delegación del capital social y la función de representación de que es objeto, nos lleva a estimar que la desigual distribución del capital social que se observa en la sociedad más amplia, se reproduce al interior de los grupos o redes: habría individuos con mejor posición y legitimidad para aprovecharse de los recursos y beneficios poseídos por los grupos o redes a las que pertenece.

*Coleman: el capital social como vínculo entre el actor y la estructura*  
Coleman hizo una formulación sistemática del concepto de capital social en un trabajo publicado en 1988 en el *American Journal of Sociology* y regresó a él en su obra magna de 1990 titulada *Foundations of Social Theory*<sup>12</sup>. El interés por el concepto en ambos escritos es principalmente teórico. A Coleman le parece que el capital social es capaz de conciliar dos tradiciones explicativas de la acción social: la que tiende a explicarla por referencia al contexto de normas, reglas y obligaciones que la gobiernan (sociologismo) y la que deja de lado este entorno y la

explica a partir de suponer individuos del todo movidos por su interés propio (tradicción que llama economicismo). Frente a estas tradiciones, el capital social aparece en su opinión como un dispositivo teórico especialmente apto para integrarlas. Es “una herramienta”, escribe, que ayuda a su empresa teórica más amplia de

importar el principio económico de la acción racional para su uso en el análisis del propio sistema social, incluido pero no limitado al análisis del sistema económico, y hacerlo sin descartar en el proceso a la organización social (Coleman, 2000a p: 19).

Hay que tener presente que Coleman había dedicado muchos años de su vida a la elaboración de esta clase de constructos. Se suele pasar por alto, como afirma Fine (2001), que Coleman inicialmente trabajó dentro del marco de la teoría del intercambio social. De esta dedicación probablemente heredó su preocupación central por encontrar soluciones teóricas al problema micro-macro dentro de la sociología, el cual consumió en su momento muchos esfuerzos de los teóricos del intercambio (véase, por ejemplo, Blau, 1994). En un texto publicado en 1987 sobre este tema, Coleman pretendió demostrar el fracaso de estas tentativas en la teoría sociológica y la necesidad de recurrir a modelos que permitieran realizar transiciones exitosas del nivel micro social al macro social. Piensa que estos modelos, con modificaciones, pueden ser tomados bien de la teoría económica neoclásica, el cual basa sus generalizaciones sobre la presunción de mercados perfectos, o bien a partir de un modelo de acción racional pero sin mercados o intercambios (Coleman, 1994). El concepto de capital social,

que introdujo ese año, se adapta bien a esta tentativa teórica y constituye una respuesta a su búsqueda de esta clase de modelos. Debió de representar para él todo un hallazgo intelectual, pues le ofreció dos posibilidades teóricas que no han sido analizadas en la literatura consagrada a sus ideas: la de poder ofrecer explicaciones “verticales” y “horizontales” de un amplio espectro –en principio, indefinido– de fenómenos sociales.

La posibilidad de lograr explicaciones “verticales” deriva del tratamiento del problema micro-macro. El capital social ofrecería en este sentido un doble rendimiento explicativo, según Coleman: permite dar cuenta de diferentes resultados en el plano del actor individual y, a la vez, hacer transiciones micro-macro sin tener que describir los detalles de la estructura a través de la cual ocurre. Su definición de capital social subraya ambas dimensiones:

El capital social es definido por su función. No es una entidad única sino una variedad de diferentes entidades, con dos elementos en común: todas ellas consisten de algún aspecto de las estructuras sociales, y facilitan la realización de ciertas acciones para los actores –sean personas o actores corporativos– dentro de la estructura (*ibid.*, 2000: 20).

Un ejemplo que ofrece el propio Coleman podría ilustrar este potencial explicativo que le adjudica al concepto. En Corea del Sur, según reporta una nota de prensa, el desarrollo del activismo político radical entre estudiantes pasa por “círculos de estudio” clandestinos, que sirven al estudiante como “unidad de organización básica” para realizar manifestaciones

► <sup>12</sup> Coleman había introducido la idea de capital social en conexión con las normas, en un artículo publicado en 1987 como parte del libro colectivo publicado por Radnitzky y Bernholz “Economic imperialism: the economic approach applied outside the fields of economics”. El título de su colaboración fue “Norms as social capital” (véase Lévesque, 2000).

y otras actividades de protesta. Esta organización —como cualquier otra que hace posible estas actividades— es para Coleman una “forma especialmente potente de capital social” (*op. cit.*: 21). Coleman recuerda que organizaciones como éstas han estado presentes en la historia de la revuelta política: las células de trabajadores en la Rusia zarista, descritos y defendidos por Lenin, y los comités de acción de los liceos franceses en las protestas estudiantiles de 1968 en ese país. Por consiguiente, se podría sustentar la afirmación que “los grupos constituyen un recurso que ayuda a pasar de la protesta individual a la revuelta organizada” (*op. cit.*: 23).

La posibilidad de alcanzar explicaciones “horizontales”, por su parte, proviene de afirmar que el rasgo distintivo del capital social es su carácter funcional (instrumental, sería más preciso decir). De acuerdo a esto, ahí donde cualquier aspecto de la estructura social contribuya a la realización de los fines del actor existe capital social. En todo fenómeno social se podría, en principio, identificar esta posibilidad. Ya los mismos ejemplos que aporta para ilustrar la existencia de capital social, indican este ensanchamiento del concepto en sus pretensiones explicativas: hay capital social en los lazos tan estrechos que unen a los comerciantes de diamantes en Nueva York; en los círculos de estudio de los activistas surcoreanos, ya citados; en la vigilancia informal que brindan los adultos a los niños que pasean por las calles de Jerusalén a diferencia de Detroit, donde esta norma no existe; en las redes de venta que existen en un mercado de El Cairo y que permite que cualquier demanda de un bien que presenta un cliente a cualquier vendedor éste la canalice, en ese momento, al vendedor apropiado, etc. Coleman llega incluso a reconocer este ensanchamiento al afirmar que “todas las relaciones y estructuras sociales facilitan alguna forma de capital social” (*op. cit.*: 26).

Que el concepto llegue a recibir tal capacidad explicativa es una fortuna para su teoría. A Coleman le permitió disponer de una noción que, además de ser compatible con su perspectiva general, es capaz de explicar multitud de fenómenos a partir de un solo principio teórico. El precepto de la parsimonia científica, tan caro a las teorías del individualismo metodológico y que justamente aconseja no multiplicar las entidades innecesariamente para explicar un fenómeno, se cumple en una formulación como ésa<sup>13</sup>.

A pesar del poder explicativo amplio que Coleman atribuye al concepto, introduce ciertas acotaciones sobre su alcance. Si bien acepta que toda relación y estructura de la vida social puede generar capital social, existen ciertas estructuras que cumplen mejor esta función que otras. En su artículo de 1988, distingue tres formas principales de capital social, mismas que serán retomadas con algunas ligeras precisiones en su trabajo de 1990 y a las que agregará tres más. Estas formas son: a) las obligaciones y las expectativas; b) el potencial de información; c) las normas y sanciones efectivas; d) las relaciones de autoridad; e) las organizaciones sociales apropiables para otros fines y f) las organizaciones intencionales (Coleman, 2000a y 2000b). Haremos una breve descripción de cada una de ellas para dimensionar el alcance de la teoría de Coleman sobre el concepto.

La primera forma de capital social surge en contextos de intercambio. Coleman nos coloca en una situación hipotética en la que, si un actor hace un favor a otro, es posible que surja en el primero una expectativa de reciprocidad y una obligación en el segun-

do por retribuirla. Esta obligación, en opinión de Coleman, puede considerarse como un “pagaré” (*credit slip*) adquirido por el primero para que sea cubierto por el segundo. En toda relación social existe un número importante de estos “pagarés” pendientes de cubrirse (Coleman, 2000a, p:22). Estos “pagarés” pueden ser comprendidos como capital social. Su existencia, sin embargo, está afectada por dos factores: qué tan digno de confianza es el ambiente social y qué extensión tengan las obligaciones contraídas. El primero es importante para contar con ciertas garantías de que las obligaciones contraídas por los actores serán cubiertas. Sin este requisito, sería improbable que funcionasen los sistemas rotativos de crédito, o los personajes que están cerca de jefes de estado y que ejercen de modo informal poderes extraordinarios bajo el consentimiento de éstos, ejemplos que ilustran este principio según Coleman. La extensión de las obligaciones, por su parte, varía de acuerdo a las estructuras sociales y a los actores dentro de ellas. Diferencias en las estructuras sociales, tales como las diversas modalidades culturales vinculadas con el pedir y dar ayuda, el grado de “cierre” de las redes sociales, la existencia de ayuda gubernamental, etc., pueden hacer que la disposición de estas obligaciones varíen. Pero también los individuos pueden variar entre sí de acuerdo a la cantidad de obligaciones a su disposición. Como lo revela el rol del patriarca en una familia extendida o el peso que tienen ciertos legisladores en las decisiones del Congreso, las obligaciones pueden concentrarse y dar lugar a asimetrías entre los actores (Coleman, 2000a y 2000b).

► <sup>13</sup> Cuidar que su teoría en general observara este principio fue sin duda una preocupación de Coleman. En su texto capital, *Foundations of Social Theory*, advierte que su teoría del actor cumple con este precepto: “Una propiedad del sistema teórico desarrollado hasta aquí es la parsimonia. Los actores están conectados a recursos (y así indirectamente uno a otro) a través solamente de dos relaciones: su control sobre los recursos y su interés en ellos” (*ibid.*, 2000b: 37).

La segunda forma de capital social es el potencial de información inherente a las relaciones sociales. Recordando una vieja convicción de la teoría económica en torno a que la adquisición de información implica un costo, Coleman argumenta sobre los beneficios que pueden obtener los actores para alcanzar sus fines echando mano de la información en posesión de sus contactos y relaciones sociales, sin que sea necesario para ello establecer relaciones de reciprocidad en términos de obligaciones y expectativas. Coleman seguramente tuvo en cuenta los hallazgos de las investigaciones sobre redes sociales para considerar esta clase de información como capital social. En efecto, los estudios de las redes sociales habían documentado desde principios de los años setenta el valor de las relaciones sociales para ampliar las oportunidades individuales, impulsar la movilidad social y favorecer la cohesión. La información era una parte fundamental de este valor (véase Granovetter, 1973 y 1995; para una discusión reciente Lin y otros, 2001)

La tercera forma de capital son las normas y sanciones efectivas. Las normas inhiben ciertas acciones y estimulan el emprendimiento de otras. Normas que inhiben el crimen facilitan caminar en la calle por la noche; normas que reconocen el alto desempeño escolar facilitan, a su vez, la tarea educativa. Coleman nos invita también a considerar las relaciones de autoridad como una cuarta forma de capital social. Un actor puede transferir a otro derechos de control sobre ciertas acciones. Estos derechos de control son capital social que queda a disposición del actor que los recibe. Es obvio que entre más derechos de control reciba este actor por parte de otros, mayor será el capital social a su disposición. Las organizaciones sociales también pueden entenderse como capital social, sean éstas intencionales, como las organizaciones

empresariales donde se invierte en ellas con expectativa de ganancia, o sean organizaciones que se pueden usar para fines distintos a su origen, como las experiencias asociativas cuyos recursos de organización acumulados son útiles para emprender otros fines. Éstas últimas, que llama genéricamente organizaciones sociales apropiables, Coleman las comprendió en 1988 no como una forma de capital social, sino como una estructura particularmente propicia para producir capital social. Dos años después las concibe sin duda como capital social (Coleman, 2000a y 2000b).

Como podrá advertirse, Coleman ofreció una especificación a detalle sobre las posibles formas de capital social. Tal elaboración no se encuentra en Bourdieu. Hay, sin embargo, un aspecto polémico de su formulación que no ha sido ignorado por autores posteriores: el riesgo de tautología. Coleman fue poco cauteloso en separar lo que podría considerarse capital social de lo que podría identificarse como beneficios o efectos asociados (véase Portes, 1998; Edwards y Foley, 1997; Putnam, 2004). Ya su misma reclasificación de las organizaciones sociales apropiables que de ser una estructura creadora de capital social pasa a considerarlas como una expresión más muestra los problemas que enfrentó para disociar ambos aspectos. Lo mismo puede decirse, por ejemplo, de la información, que en lugar de una forma de capital social podría considerarse más propiamente un efecto o beneficio derivado.

Debemos considerar un último aspecto de la teoría elaborada por Coleman: su opinión de que el capital social puede ser creado, mantenido o destruido. Coleman argumentó que la propiedad de “cierre” (*closure*) de las relaciones sociales, la estabilidad de la estructura social, así como la ideología podían ser los principales factores que

influyan en esta dinámica. La propiedad de cierre de las relaciones sociales, entendida como la “existencia de suficientes vínculos entre un cierto número de personas” (Portes, 1998: 6), es importante para el capital social porque permite la observancia de normas y la creación de la reputación necesaria entre personas para participar en intercambios del tipo que presupone las obligaciones y expectativas contraídas por su conducto. Cuando esta propiedad está ausente, éstas no pueden desarrollarse (Coleman, 2000b: 322). Todas las formas de capital social, salvo la de organizaciones intencionales cuya organización basado en puestos las protege de los cambios de personas, pueden verse afectadas también en la medida en que la estabilidad de las relaciones sociales se vulnere por la movilidad de los individuos (geográfica o social). La ideología, por su parte, puede contribuir a la creación de capital social en tanto imponga a los individuos una preocupación por el interés de los demás en lugar de sí mismo, pero igualmente puede tener un efecto adverso cuando dichas creencias dicten lo contrario. En general, el capital social se ve afectado si no es objeto de un constante mantenimiento; puede depreciarse, en opinión de Coleman, como sucede con cualquier otra clase de capital: “las relaciones sociales mueren si no se mantienen; las expectativas y obligaciones se marchitan con el paso del tiempo y las normas dependen de la comunicación regular” (*op. cit.*: p.321). Junto a la falta de mantenimiento, y los factores que hemos señalado, habría que considerar como destructivo del capital social, según Coleman, a todo aquello que haga a las personas menos dependientes unas de otras. Es el caso de la riqueza y de la asistencia gubernamental en caso de necesidad<sup>14</sup>, las cuales evitan que las personas pidan ayuda unas a otras.

► <sup>14</sup> Este punto es polémico. La idea de que la ayuda gubernamental puede ser nociva para el capital social ha sido vista como una afirmación que se adapta bien a lo



## PUTNAM: EL CAPITAL SOCIAL COMO RESERVA COMUNITARIA

Putnam incorporó el concepto de capital social en *Making Democracy Work*, libro publicado en 1993. El uso que ahí hace de la idea se inscribe en un marco de discusión complejo y ambicioso, que tendremos que analizar brevemente para poder entender de qué forma se inserta ahí la noción de nuestro interés y comprender el uso más reciente que hace de ella.

Aunque *Making Democracy Work* es un amplio y documentado estudio de caso sobre el desempeño institucional de los gobiernos regionales de Italia, su propósito apunta mucho más lejos. Como su mismo autor declara en la introducción, pretende responder a la pregunta general de “cuáles son las condiciones que permiten crear instituciones representativas fuertes, responsables y efectivas” (Putnam, 1993: 6). Su interés es comprender los factores que influyen en el desempeño de las instituciones democráticas y, más particularmente, en explicar “por qué algunos gobiernos democráticos tienen éxito y otros fracasan” (*op. cit.*: 3). Analizar el caso de Italia parece propicio a estos fines. En 1970, el gobierno italiano inició una reforma a gran escala que dio lugar al establecimiento de gobiernos regionales con diseños institucionales idénticos, así como al inicio de un amplio proceso de descentralización que al cabo de varios años transfirió importantes responsabilidades y recursos a esos gobiernos. Al responder a un mismo arreglo institucional y haber sido dotadas con iguales recursos, en principio la reforma debía haber generado resultados equivalentes en cuanto al rendimiento de las nuevas instituciones. No fue así, sin embargo. Hacia finales de la década de los ochenta, era evidente que importantes diferencias se habían establecido entre los diversos gobiernos:

algunos gobiernos regionales han sido más consistentemente exitosos que

otros —más eficientes en sus operaciones internas, más creativos en sus iniciativas políticas, más efectivos en la implementación de esas iniciativas (*ibid.*: 81)

La distribución geográfica de estos gobiernos en Italia no era aleatoria. *Grosso modo*, los gobiernos más exitosos se encontraban en el norte del país y los más ineficientes en el sur, coincidiendo en parte con una antigua brecha socioeconómica entre ambas zonas de Italia que permite distinguir entre un norte próspero, industrializado y con elevados estándares de calidad de vida y un sur atrasado, desintegrado y con niveles de bienestar similares a países del tercer mundo. Las diferentes condiciones socioeconómicas explicarían, entonces, las diferencias en el desempeño institucional, de acuerdo a explicaciones convencionales de la ciencia política. Para Putnam esta tesis no era defendible. En su opinión, las diferencias en el desempeño institucional de los gobiernos de Italia no se explican cabalmente considerando la desigual modernización que presentan las regiones donde se ubican. No se explican, sobre todo, porque impide comprender los casos híbridos: gobiernos exitosos en regiones no tan dotadas socioeconómicamente, y gobiernos cuyo desempeño eran menos eficiente, pero incrustados en sociedades relativamente más ricas que otras. Para comprender estas diferencias, Putnam cree que se debe echar mano de una nueva variable: la comunidad cívica (*ibid.*: 86).

Putnam caracteriza a la comunidad cívica como aquella en la que la ciudadanía tiene un alto compromiso cívico, se asume y actúa como iguales políticamente, son capaces de una elevada solidaridad, confianza y tolerancia, y dan un fuerte impulso al asociacionismo en la vida pública (*ibid.*: 86 y sigs.). Son estas características —que Putnam intenta medir empíricamente con indicadores como lecturas de periódicos, números de asociaciones voluntarias, entre otros— las que podrían explicar de manera más consistente las diferencias observadas entre las diversas regiones italianas: “el factor más importante para explicar el buen gobierno es el grado en el cual la vida política y social en una región se aproxima al ideal de la comunidad cívica” (*idem.*: 120). Hasta aquí Putnam se ha movido en una línea tradicional de argumentación vinculada teóricamente con los defensores del republicanismo y el comunitarismo y empíricamente con las investigaciones clásicas sobre la cultura cívica<sup>15</sup>. Sin embargo, al final del libro da un paso inesperado y conecta su noción de “civildad” con las ideas de Coleman sobre el capital social. Para hacer este enlace, Putnam parte de la premisa de que detrás de las experiencias de éxito o fracaso de las regiones italianas, en la base de los desiguales gradientes de civildad y de los círculos virtuosos o viciosos que se han generado en sus diferentes trayectorias históricas, se encuentran formas distintas de resolver los problemas generados por los dilemas de la acción colectiva tratados por las teorías del juego: oportunismos, engaños y evasión de responsabilidades. Para

que se ha llamado el “consenso de Washington”, el cual sostiene que si bien el libre mercado no es perfecto, la intervención gubernamental empeora sus resultados (Fine, 2001; Schuurman, 2003).

► <sup>15</sup> El vínculo del análisis de Putnam con la tradición republicana lo establece él mismo (véase Putnam, 1993: 87-89). Su relación con los investigadores de la cultura política ha sido señalado por sus críticos. Aunque Putnam ha afirmado que su interpretación no es culturalista, Tarrow observa que “El modelo de causación, que va de la capacidad cívica a la conducta política, se inscribe en la línea principal de la investigación sobre cultura política desde los estudios pioneros de Almond y Verba en adelante” (Tarrow, 1996: 390).

Putnam, los problemas vinculados a estos dilemas admiten dos soluciones: o la cooperación voluntaria o la solución hobbesiana (esto es, la intervención de un tercero con el poder de imponer soluciones verticales). Con cualquiera de las soluciones se puede lograr una situación de equilibrio social, aunque la salida hobbesiana no es la más adecuada. El equilibrio basado en la cooperación, “es más fácil en comunidades a las que le son inherentes substanciales reservas de capital social, en la forma de normas de reciprocidad y redes de compromiso cívico” (*ibid.*: 167). Putnam recurre a Coleman para introducir el concepto de capital social, pero la apropiación que hace de él es selectiva y le añade elementos nuevos. Afirma que el capital social se compone esencialmente de confianza, normas de reciprocidad y redes de compromiso cívico.

Para Putnam, la confianza es un “componente esencial” (*ibid.*: 170). Su importancia la ilustra trayendo a colación investigaciones empíricas sobre los sistemas rotativos de crédito, como las realizadas por Geertz y Vélez-Ibáñez (1993). En dichos sistemas, las personas aportan cantidades fijas de dinero periódicamente que son entregadas por turnos a cada una de ellas. Aunque la posibilidad de desertar del sistema una vez recibida la cantidad reunida por vez está presente en cada participante, eso no suele suceder. Los riesgos se minimizan por la existencia de confianza, de fuertes normas y redes de compromiso recíproco que llevan al cumplimiento de las obligaciones.

Las normas, por su parte, también forman parte del capital social en la medida que son capaces de “reducir los costos de transacción y facilitar la cooperación” (Putnam: 172). Es el caso de las normas de reciprocidad. Dichas normas subyacen a intercambios recíprocos. La reciprocidad puede ser de dos tipos: específica y generalizada. La específica o balanceada entraña toma y daca de bienes de equivalente valor, mientras que la generalizada supone re-

laciones continuas de intercambio donde la retribución no es inmediata ni equivalente en el corto plazo. Putnam destaca las normas de reciprocidad generalizada como aquellas que pueden considerarse “un componente altamente productivo de capital social” (*ibid.*). De nuevo, el valor de dichas normas para la comunidad reside en su capacidad de superar los problemas de la acción colectiva.

Las redes de compromiso cívico, finalmente, son redes sociales intensamente horizontales, esto es, “donde los agentes tienen equivalente status y poder” (*ibid.*: 173). Se trata de asociaciones como cooperativas, clubes corales, partidos de masas, asociaciones vecinales, etc. Estas redes también producen beneficios sociales: incrementan los costos potenciales para los desertores en cualquier transacción individual, promueven fuertes normas de reciprocidad, facilitan la comunicación y mejoran el flujo de información sobre la confiabilidad de los individuos, así como sirven de moldes para futuras experiencias asociativas al tratarse de encarnaciones de éxitos pasados de colaboración (*ibid.*: 173-174).

Así caracterizado el capital social, como un atributo que puede referirse a comunidades, el paso siguiente para vincularlo a la noción de comunidad cívica es sencillo. Putnam escribe que “Las reservas (stocks) de capital social, tales como la confianza, las normas y las redes, tienden a ser autorreforzantes y acumulativas. Círculos virtuosos resultan en equilibrio social con altos niveles de cooperación, confianza, reciprocidad, compromiso cívico, y bienestar colectivo. Estos rasgos definen a la comunidad cívica. De manera inversa, la ausencia de estos rasgos en la comunidad “acívica” son también autorreforzantes” (*ibid.*:177)

La explicación última sobre las diferencias de desempeño institucional en las regiones italianas habría que buscarla, entonces, en las distintas

dotaciones de capital social que poseen. Pero es también la existencia de capital social lo que ayudaría a comprender los diferenciales de desarrollo económico entre estas regiones. La vida cívica, sustentada en altas dosis de confianza, reciprocidad y redes de compromiso, es un factor fuertemente asociado con la prosperidad económica, en opinión de Putnam. Al contrario de lo que afirman algunas tesis en cuanto a que el asociacionismo y la autoorganización social bloquean la eficacia gubernamental y el desarrollo económico, lo que demuestra su investigación es que:

las normas y redes de compromiso cívico han promovido el crecimiento económico, no lo han inhibido. Este efecto continúa ahora. A lo largo de dos décadas desde el nacimiento de los gobiernos regionales, las regiones cívicas han crecido más rápido que las regiones con pocas asociaciones y más jerárquicas. De dos regiones igualmente avanzadas económicamente en 1970, la dotada con una densa red de compromiso cívico creció significativamente rápido en los años siguientes (*ibid.*: 1993, 176, y 1993a).

Lo dicho hasta aquí es suficiente para percatarnos de que Putnam en realidad recurre a Coleman pero sólo como punto de partida para hacer una formulación distinta del concepto. Si bien Coleman había considerado la confianza en su análisis de la idea, lo hizo en la forma de un rasgo estructural del ambiente social (su nivel de confiabilidad) que hacía posible o no el funcionamiento de las obligaciones y expectativas. Del mismo modo, si bien las normas ocupan un lugar importante en la su teoría como una forma de capital social, su espectro es mucho más amplio del que acaba subrayando Putnam, limitando su interés a aquellas que identifica como de reciprocidad generalizada. Por último, es claro que Coleman no le adjudicó un valor especial a las redes de compromiso cívico (Morales,

2002). Podemos especular que la membresía en asociaciones, a las que Putnam concede una importancia especial trayendo a colación la vieja descripción de Tocqueville sobre el asociacionismo estadounidense<sup>16</sup>, habría tenido cabida en el pensamiento de Coleman pero sólo considerada como caso particular y a condición de que tuvieran lo que llamó propiedad de “cierra”. La inclusión de las organizaciones sociales apropiables como una forma de capital social en Coleman podría considerarse una formulación en sintonía con el valor que Putnam asigna a las redes de compromiso cívico. Es posible una lectura en este sentido, pero no carece de problemas. Si Coleman llegó a interesarse en estas organizaciones, al grado de considerarlas una expresión de capital social, fue en razón de que sus propósitos originales habían pasado a ser, de algún modo, marginales, y sus recursos y experiencias estaban alimentado fines distintos a los trazados al inicio. Dicho en otras palabras, las redes de compromiso cívico, cristalizadas en asociaciones relativamente formales, tenían interés para él porque de manera derivada, como subproducto, permitían que los actores se las apropiaran para obtener fines distintos al de su constitución: devenían capital social en la medida en que perdían o ampliaban el objeto para las que fueron creadas.

Otra divergencia importante entre la visión de Coleman y Putnam sobre el capital social se encuentra en el tipo de relaciones sociales que uno y otro estuvo dispuesto a considerar dentro de su dinámica de formación. Mientras que Coleman incluyó las relaciones de autoridad y jerarquía (como las que estructuran a las organizaciones lucrativas) como formas de capital social, Putnam ha tenido mucho cuidado en dejarlas fuera. Desde su análisis del caso italiano, las relaciones verticales que ligan a las personas con otra (u otras) a través de mecanismos de autoridad, clientelismo o po-

der son consideradas, más bien, contraejemplos de las relaciones más libres y horizontales que se forman en el seno de asociaciones cívicas, base del tejido asociativo de la comunidad cívica que caracterizó.

Los más recientes trabajos de Putnam se han erigido sobre las interpretaciones que elaboró en su publicación seminal de 1993. El diseño teórico que adelantó en aquella obra es el marco principal de sus reflexiones actuales sobre el concepto. Su definición formal del capital social sigue siendo en esencia la misma. La confianza, las normas de reciprocidad y las redes sociales que tejen las personas continúan siendo las dimensiones constitutivas del capital social (Putnam, 2002: 14 y 2003.: 13-14). Hay, no obstante, nuevos matices. El primero, es que el concepto se agranda subrepticamente para abarcar también aspectos de la sociabilidad. En opinión de Putnam, podría considerarse también capital social, aunque tenue, los encuentros sociales más diversos, desde las comidas con amigos hasta el “encuentro casual con otro individuo en un ascensor” (Putnam, 2003: 18). El segundo, es que Putnam también ha tenido mayor cuidado en distinguir diferentes tipos de capital. Recientemente, ha especificado ocho tipos diferentes, los cuales se muestran en la tabla siguiente:

#### TIPOS DE CAPITAL SOCIAL

Formal	Informal
Denso	Tenue
Vuelto hacia dentro	Vuelto hacia fuera
Vinculante	Que tiende puentes

(Elaboración propia con base en *ibid.*: 17-20)

El capital social formal se refiere a las redes y asociaciones constituidas sobre bases organizativas identificables: tienen estructura, autoridades, reglas de funcionamiento, etc. El capital social informal, por su parte, remite al amplio espectro de la convivencia social que carece de estas formalidades: comidas familiares, juegos deportivos espontáneos, etc. El capital social denso *versus* tenue destaca el diferente grado de interacción que puede existir entre personas que comparten un mismo espacio social. Hay mayor densidad de capital cuando las redes que vinculan a determinado grupo de personas son más estrechas y variadas. A la inversa, el capital social tenue comprende contactos ocasionales entre las personas, limitados a cierto propósito y contexto. El capital social vuelto hacia dentro *versus* hacia fuera, por su parte, pretende captar la diferencia de propósito que persiguen las más diversas redes sociales y asociaciones civiles, sea que éstas busquen apoyar los intereses particulares de sus agremiados (vueltas hacia dentro) o bien que pretendan promover el interés público (vueltas hacia fuera). Por último, habría que considerar la distinción entre capital social vinculante y el que tiende puentes. Esta distinción, que Putnam incorpora de Gitell y Vidal, dos sociólogos que han usado el concepto de capital social para estudiar relaciones vecinales (véase Vidal, 2004), llama la atención sobre la característica que tiene alguna forma de capital social de unir más estrechamente a personas iguales en ciertos aspectos (raza, religión, clase, etc.), a diferencia del que une a personas desiguales. El primero sería vinculante (*bonding*) y el segundo tendería puentes (*bridging*) (*ibid.*: 17-20).

De todas estas distinciones, Putnam destaca esta última como la más impor-

► <sup>16</sup> Putnam ha conectado en varias ocasiones su análisis del capital social con el trabajo de Tocqueville (véase, vgr. Putnam, 1993 y 2002). Para una valoración de este vínculo véase Gannet (2004).

tante (*ibid.* 2002: 20). Considera que el capital social vinculante tiende a reforzar identidades específicas, excluyentes, y a fomentar la homogeneidad de los grupos. Es útil para fortalecer la reciprocidad limitada al grupo y estimular la solidaridad. Sirve para fortalecer “nuestro yo más estrecho”. Ejemplos de esta clase de capital los encuentra en las “organizaciones fraternales étnicas, los grupos de lectura femeninos parroquiales y los clubes de campo de la gente elegante” (*ibid.*: 20). En cambio, el capital social que tiende puentes se orienta sobre todo hacia fuera de los grupos primarios. Tiende a integrar a personas de diversas clases sociales y “puede generar identidades y reciprocidades más amplias”. Es más útil para difundir información y generar puntos de contacto con “activos externos”. Putnam recurre insistentemente a dos fórmulas generales para describir las diferencias entre ambas clases de capital: en una considera que el capital social vinculante constituye una especie de “superadhesivo” social, mientras que el que tiende puentes representa un “superlubrificante”; en la otra repite una noción de Xavier de Souza Briggs, para quien el primero tiene utilidad sobre todo para “salir del paso”, mientras que el segundo sirve para “salir adelante”. Ciertamente, como el propio Putnam reconoce, el valor de esta distinción es aproximativo, pues muchas redes sociales se caracterizan por lograr ambos efectos: vincular a sus miembros entre sí y a la vez tender puentes con otros.

Una última diferencia de importancia con su formulación original es el reconocimiento de que el capital social puede tener efectos nocivos. Como el mismo reconoció en *Bowling Alone*, estos efectos no fueron considerados en *Making Democracy Work*<sup>17</sup>. Portes y Landolt (1996), Portes (1998), Levi (1996) y Rubio (1997) han insistido en que el capital social puede tener “un lado oscuro”. De hecho, Portes ha argumentado que los resultados negativos que se derivan del capital social

pueden ser intrínsecos a su propia dinámica de constitución y a los efectos sociales que lleva aparejados. Dichos resultados podrían ser presiones grupales excesivas sobre los miembros que forman parte de redes densas y estrechas, nivelación hacia abajo de las normas grupales y la exclusión de las personas que no forman parte de tales grupos o redes.

## CONCLUSIONES

Bourdieu, Coleman y Putnam arribaron a una visión del capital social que, salvo algunas coincidencias de tipo muy general, observa profundas diferencias entre sí. La afirmación de que las relaciones sociales que forman las personas entre sí pueden proveer recursos valiosos para el logro de ciertos fines, es una premisa común a los tres autores analizados en este ensayo. La idea de que dichas relaciones surgen y se mantienen como productos de actos de intercambio recíprocos entre las personas que las forman es cabalmente supesta por Bourdieu, mientras que en Coleman (con su análisis de las obligaciones y expectativas) y en Putnam (con su insistencia en las normas de reciprocidad generalizada) se encuentran ecos de esa idea<sup>18</sup>. Habría que observar también el intento, no logrado totalmente en Coleman y Putnam, de sostener una definición del capital social en términos de recursos. Bourdieu siempre se atuvo a este rasgo (que justamente le daba su carácter de capital), mientras que las definiciones de

Coleman y Putnam oscilan entre la idea de recursos (o beneficios derivados) y factores que podríamos considerar más propiamente como constitutivos del capital social (como redes, confianza, normas, etc.). Se puede afirmar también que los tres autores comparten una visión dinámica del capital social, en tanto conjunto de recursos que puede ser creado, mantenido o destruido. La descripción de Coleman de los factores que provocan estas afectaciones en el capital social, vistos más arriba, es más que elocuente de esta visión. Bourdieu, por su parte, introdujo una perspectiva dinámica al enfatizar la necesidad de comprender la lógica de transformación del capital social en capital económico, y viceversa. En el caso de Putnam, aunque el último capítulo de su libro *Bowling Alone* apuesta a la idea de que el capital social puede ser formado a voluntad, sus análisis más consistentes colocan la formación o deterioro del mismo en una visión histórica de largo plazo y a escala societal. Los orígenes del desigual civismo que muestran las regiones de Italia se explican por una historia que puede remontarse al menos a la Edad Media. Del mismo modo, su tratamiento del declive del capital social en Estados Unidos apela a factores de largo aliento (como la incorporación de la mujer a la esfera del trabajo, el ascenso de la televisión como forma de entretenimiento, etc.).

Estas coincidencias generales, que es posible identificar si abrimos la lente conceptual para observarlas, se erigen al lado de profundas diferencias

► <sup>17</sup> Véase Putnam, 2002, nota 19 del capítulo 1, aunque él mismo aclara que la posibilidad de efectos antisociales asociados al capital social fue reconocida expresamente por él en un artículo publicado el mismo año que *Making Democracy Work*. (véase también Putnam, 1993a)

<sup>18</sup> El análisis de Bourdieu sobre el intercambio social hace recordar el penetrante análisis de Mauss en su “Ensayo sobre el don” en torno a la centralidad social y la universalidad de la institución del *potlach* (véase Mauss, 1991). El ensayo de Mauss fue la base, muchas veces implícita, de trabajos posteriores sobre el intercambio social en el campo de la antropología y la sociología. Como señalamos anteriormente, Coleman conocía de sobra este debate y su idea del capital social surgió como pretendida solución a sus paradojas teóricas.

de perspectiva en cuanto a la caracterización del capital social y sus pretendidos efectos sobre la sociedad. Habría que atribuir estas diferencias a las elecciones de teoría que están detrás de cada visión del concepto. La teoría de la estratificación, de la elección racional y del comunitarismo filosófico, que respectivamente suscriben Bourdieu, Coleman y Putnam, conducen a formulaciones prácticamente irreconciliables.

En primer lugar, cabe advertir una diferencia de la escala de observación que ha sido notada por otros autores, entre ellos, por Portes (2000). El punto de partida de la teoría tanto en Bourdieu como en Coleman es el actor. El capital social son ventajas que un individuo extrae o moviliza en función de sus intereses. Son recursos que provienen del grupo al que pertenece, en el caso de Bourdieu, o de rasgos de la estructura social que el actor usa para alcanzar sus fines, en el caso de Coleman. En Putnam el foco de observación se centra sobre agregados sociales más amplios. El capital social es entendido, entonces, como una ventaja colectiva (Zhao, 2002) que si bien puede redundar en beneficios individuales para los miembros de la comunidad o la sociedad que posee dicha ventaja, sus efectos más visibles son de orden macro social, conectados con la prosperidad económica, el desarrollo social y la gobernabilidad democrática.

Hemos supuesto que se trata de una diferencia de escala de observación, pero es impreciso llamarla así. El tránsito de una visión centrada en el individuo o en grupo pequeños a una visión que comprende al capital social como atributo comunitario revela un abismo conceptual entre los autores que ni siquiera es posible comprender reinterpretándolo como una diferencia entre abordajes micro o macrosociales<sup>19</sup>. Los beneficios que en cada caso extrae o moviliza un autor en función de sus intereses y con base en su pertenencia a determinada red de relacio-

nes, visión que podemos atribuir a Bourdieu y Coleman, no da como resultado, agregándolos, beneficios o ventajas para la sociedad más amplia como supone Putnam, aún si aceptamos que el capital social se constituye mayormente como externalidad, subproducto o consecuencia no buscada de la acción de varios actores. Es más razonable pensar, al contrario, como lo hace Bourdieu, en que refuerce asimetrías ya existentes. En Coleman, ciertamente, la posibilidad de hacer un tránsito hacia consideraciones de tipo comunitario o societal es más factible en razón de que su definición observa no sólo al actor individual, sino a los rasgos estructurales de que se vale para hacer posible sus fines (normas, organizaciones sociales, confiabilidad del ambiente social, etc.). Presuponer una sociedad integrada por actores racionales y sostener un escrupuloso individualismo metodológico como estrategia teórica, hicieron que Coleman, no obstante, nunca diera el salto que lo llevaran a circunscribir su idea de capital social dentro de una dimensión de tipo puramente estructural. Putnam, en cambio, comprometido con otras tradiciones intelectuales, sí lo hace. Su visión del capital social, en esencia, procura retener algunos de estos rasgos de estructura que Coleman observó aunque siempre conectados con el actor. Las ideas de Putnam, sin embargo, no se han desentendido de actor,

aun cuando construye una versión del capital social como ventaja comunitaria y aún enfatizando componentes estructurales. Así sea porque la investigación del capital social necesita metodológicamente al individuo como unidad de análisis, o porque una comprensión de tipo estructural o sistémica pura del capital social no es de su interés, Putnam observa en la base de su visión comunitaria del capital social a actores que, a diferencia de los observados por Bourdieu y Coleman, no están egocéntricamente orientados. Al privilegiar en su análisis el capital social que tiende puentes, que en su opinión tiene más probabilidad de ser beneficioso en comparación al vinculante (Putnam, 2003: 20), al concederle mayor aprecio a la organizaciones que “miran hacia fuera” y al enfatizar las normas de reciprocidad generalizada, que dan pie al emprendimiento de conductas altruistas, Putnam está presuponiendo actores cuyas acciones pueden calificarse de sociocéntricamente orientadas. Se puede afirmar que su teoría del capital social continúa aceptando la visión ideal de ciudadano que ofreció en *Making Democracy Work* y que describimos más arriba.

Esta diferencia de perspectiva, que en nuestra opinión está a la base del planteamiento de Putnam, nos permite abordar otra diferencia con los demás autores, en especial con Bourdieu. Se trata de la carga valorativa

▶ 19 En los últimos años, la literatura sobre el capital social ha elaborado muchas consideraciones apoyándose en categorías como micro, meso y macro social. No obstante, estas distinciones han generado más confusión en lugar de contribuir a refinar los razonamientos. En ocasiones, se usan para llamar de forma pretendidamente más precisa lo que se deja atrapar mejor como una cuestión de escala de observación: individual, grupal o familiar, comunitaria o nacional. En otras, lo macro se entiende, siguiendo por ejemplo a Wright Mills, como las “grandes fuerzas que modelan la sociedad” (en palabras de Szreter y Woolcock, 2004), lo que recuerda una burda distinción entre el individuo y sus interacciones como perteneciente a lo micro y la sociedad como constituyendo lo macro. Salvo algunas excepciones, como la de Turner (2000) el debate micro-macro en torno al capital social está lejos de haberse beneficiado de las discusiones más elaboradas que han realizado autores como Giddens (1995), donde se da por sentado la existencia de propiedad estructurales (y en ese sentido macro sociales) en microcontextos.

asociada al concepto. Bourdieu tuvo mayor cuidado que Coleman y Putnam en adjudicarle algún sentido valorativo a su noción. A menos que concedamos que la formación y reproducción de una sociedad estratificada pueda ser tildada moralmente de alguna forma, Bourdieu mantuvo su noción de capital social como un instrumento analítico. A través de él, procuró dar cuenta de procesos más amplios vinculados con la dinámica de las clases sociales y el poder. En Coleman y en Putnam, sin embargo, el concepto adquiere una clara connotación positiva<sup>20</sup>. En el caso de Coleman su valoración positiva del capital social se encuentra en otros escritos publicados aproximadamente en los mismos años en que formuló su concepto. En ellos, Coleman advierte que los procesos de transformación social registrados en Occidente a partir del siglo XVIII y continuados hasta el momento habrían provocado el declive de instituciones primordiales basadas en la familia. Tal declive habría sido acompañado por una pérdida del capital social informal sobre el cual descansaba el control social (derivado de la observancia de normas, la confiabilidad del ambiente, el cumplimiento de

obligaciones, etc.). Dicha pérdida tendría que ser recompensada con el diseño de organizaciones sociales orientadas expresamente a tal fin (Coleman, 1989 y 1993). Esta convicción de que la destrucción o deterioro del capital social es negativo para la sociedad también se encuentra en Putnam. Desde su trabajo inicial sobre Italia hasta su última publicación (véase Putnam, 2003a), ha insistido en que las reservas de capital social de una sociedad tienen implicaciones profundas no sólo para el desarrollo económico y democrático, sino incluso para la salud y la felicidad de las personas (*ibid.* 2002: 28). Al igual que Coleman, Putnam también ha argumentado sobre la necesidad de realizar intervenciones intencionales que se encaminen a restaurar, para el caso de Estados Unidos, lo que considera reservas menguadas de capital social. Putnam, desde luego, ha reconocido la manifestación de expresiones negativas o perversas asociadas al capital social, pero tiende a atribuir las sobre todo a una clase de capital social, el vinculante, lo que permite preservar su percepción en esencia positiva del capital social.

Otra diferencia interesante de observar entre los tres autores es su posición distinta de cara a la posibilidad de que el capital social sea un bien distribuido desigualmente. Como vimos, la presunción de Bourdieu en este sentido es que se trata de un recurso que, en el interior de un grupo, puede concentrarse de manera desigual y, al seno de una sociedad, puede tender a una apropiación asimétrica vinculada con la posición de clase. En Coleman se encuentra un planteamiento parecido en la medida en que reconoce que un actor puede acumular a su favor obligaciones de terceros o bien derechos de control sobre ciertas acciones de otros (en el caso de las relaciones de autoridad). El capital social en posesión de un actor podría ser entonces comparativamente inferior al que disponga otro. El concepto comunitario o aún societal que construye Putnam deja fuera de sus consideraciones la forma en que el capital social puede ser un bien repartido desigualmente. Las diferencias de capital social al interior de un grupo o entre grupos quedan oscurecidos por una visión comparativa de gran escala donde el foco de observación es una comunidad o sociedad entera.

## BIBLIOGRAFÍA

- Adam, Frane y Roncevic, Borut (2003). "Social Capital, en Recent Debates and Research Trends. Social". *Science Information*, Jun; 42
- Adler, Paul y Kwon, Seok-Woo (2000). "Social Capital: the Good, the Bad and the Ugly". En: Lesser, Eric (2000).
- Bebbington, Anthony (2004). "Social Capital and Development Studies 1: Critique, Debate, Progress?" *Progress in Development Studies*, oct, vol. 4 issue 4.
- Blau, Peter (1994). "Perspectivas teóricas contrastantes". En: Alexander, Jeffrey y otros. *El vínculo micro-macro*. Guadalajara: UdeG.
- Bourdieu, Pierre (1988). *La distinción*. Ma-

- drid : Taurus.
- Bourdieu, Pierre y Passeron, Jean Claude (1995). *La reproducción*. México: Fontamara.
- Bourdieu, Pierre (1999). *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2000). "Las formas del capital. Capital económico, capital cultural y capital social". En: *Poder, derecho y clases sociales*. Bilbao: Desclée de Brouwer.

- (2000a). « ¿Cómo se hace una clase social? ». En: *Poder, derecho y clases sociales*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- (2000b). *Cuestiones de sociología*. Madrid: Istmo.
- (2001). *Las estructuras sociales de la economía*. Buenos Aires: Manantial.
- Coleman, James S. (1989). "Rationality and Society". *Rationality and Society*. Vol. 1, num. 1, July.
- (1993). "The Rational Reconstruction of

► <sup>20</sup> Adam y Roncevic (2003: 169) han reconocido este contenido valorativo en Putnam, aunque lo hacen derivar de su visión del capital social como bien público. Cabe observar, sin embargo, que Coleman fue el que con más consistencia visualizó al capital social de esta forma (véase Coleman, 2000b: 315-318), aunque la descripción que él hace en este sentido no tiene un carácter valorativo. El tratamiento es rigurosamente técnico, a la usanza de los analistas que abordan las características de los así llamados bienes comunes, como Ostrom (1994 y 2000).

- Society". *American Sociological Review*. Vol. 58, Issue 1.
- (1994). "Microfundamentos y conducta macrosocial". En: Alexander, Jeffrey y otros. *El vínculo micro-macro*. Guadalajara: UdeG.
- (2000a). "Social capital in the Creation of Human Capital". En: Lesser, Eric L. *Knowledge and Social Capital. Foundations and Applications*. Boston: Butterworth Heineman.
- (2000b). *Foundations of Social Theory*. Cambridge: Belknap Press of Harvard University Press.
- Dasgupta, Partha y Serageldin, Ismail (2000). *Social Capital. A Multifaceted Perspective*. Washington: The World Bank.
- Edwards, Bo y Foley, Michael (1997). "Social Capital and the Political Economy of Our Discontent". *American Behavioral Scientist*. vol. 40, num. 5, march/april.
- Farr, James (2004). "Social Capital: A Conceptual History". *Political Theory*, feb; 32
- Fine, Ben (2001). *Social Capital Versus Social Theory*. New York: Routledge.
- Gannett, Robert (2004). "Jugar boliche en la comuna de Tocqueville". *Acta Republicana*. año 3, núm. 3.
- Giddens, Anthony (1995). *La constitución de la sociedad. Bases para una teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Granovetter, Mark (1973). "La fuerza de los vínculos débiles". *Política y Sociedad*. Madrid, 2000, no.33.
- (1995). *Getting a Job: A Study of Contacts and Careers*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Greeley, Andrew (1997). "Coleman revisited. Religious Structures as a Source of Social Capital". *American Behavioral Scientist*. Vol. 40, núm. 5.
- Helliwell, John F. y Putnam, Robert D. (1995) "Economic growth and Social Capital in Italy". *Eastern Economic Journal*. Bloomsburg: Summer, Tomo 21, núm. 3
- Kawachi, Ichiro y Kennedy, Bruce P. (1997) "Social Capital, Income Inequality, and Mortality". *American Journal of Public Health*, Sep, Vol. 87 Issue 9.
- Knack, Stephen (2002) "Social Capital and the Quality of Government: Evidence From the States". *American Journal of Political Science*, oct., Vol. 46 Issue 4.
- Lévesque, Maurice (2000). *Le capital social comme forme sociale de capital : reconstruction d'un quasi-concept et application à l'analyse de la sortie de l'aide sociale*. Universidad de Montreal, tesis de doctorado.
- Levi, Margaret (1996). "Social and Unsocial Capital: A Review Essay of Robert Putnam's Making Democracy Work". *Politics & Society*. Vol. 24, no. 1, march.
- Lin, Nan; Cook, Karen y Burt, Ronald S. (2001). *Social Capital. Theory and research*. New York: Aldine de Gruyter.
- Mauss, Marcel (1991). *Sociología y antropología*. Madrid: Tecnos.
- Morales, Laura Diez de Ulzurrun (2002). "Associational Membership and Social Capital in Comparative Perspective: a Note on the Problems of Measurement". *Politics and Society*. Vol. 30, núm. 3.
- Ostrom, Elinor (1994). "Constituting Social Capital Social and Collective Action". *Journal of Theoretical politics*. 6 (4).
- (2000). *El gobierno de los bienes comunes. La evolución de las instituciones de acción colectiva* México: Fondo de Cultura Económica (originalmente publicado en inglés en 1990).
- Portes, Alejandro y Sensenbrenner, Julia (1993). "Embeddedness and Immigration: Notes on the Social Determinants of Economic Action". *American Journal of Sociology*, mayo, Vol. 98 issue 6.
- Portes, Alejandro y Landolt, Patricia (1996). "The Downside of Social Capital". *American Prospect Online*. November 30.
- Portes, Alejandro (1998). "Social capital: Its Origins and Applications in Modern Sociology". *Annual Review of Sociology*, Vol. 24 issue 1.
- (2000). "The Two Meanings of Social Capital". *Sociological Forum*, mar, Vol. 15 Issue 1
- Putnam, Robert D. (con Robert Leonardi y Raffaella Nanetti) (1993). *Making Democracy work. Civic Traditions in Modern Italy*. New Jersey: Princenton.
- (1993a). "The Prosperous Community. Social Capital and Public Life". *American Prospect*. Vol.4, 13. marzo 21, 1993.
- (1995). "Bolear solo: el capital social de Estados Unidos en deterioro". <http://usinfo.state.gov/journals/itdhr/0796/ijds/putnam.htm>, versión en español abreviada del artículo publicado ese año en *Journal of Democracy*.
- (1995a). "Tuning in, Tuning out: the Strange Disappearance of Social Capital in America". *Political science and politics*. Washington, December, tomo 28, núm. 4.
- (2002). *Solo en la bolera. Colapso y resurgimiento de la comunidad americana*. Barcelona: Galaxia Gutenberg- Círculo de lectores.
- (2003) (ed.). *El declive del capital social. Un estudio internacional sobre las sociedades y el sentido comunitario*. Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores.
- Putnam, Robert D. y Feldstein, Lewis M. (con la colaboración de Don Cohen) (2003a). *Better Together. Restoring the American Community*. New York: Simon and Schuster.
- Putnam, Robert D. (2004) "Commentary: 'Health by association': some comments". *International Journal of Epidemiology*. Oxford: aug 1, tomo 33, núm. 4.
- Rubio, Julio (1997). "Perverse Social Capital—Some Evidence From Colombia". *Journal of Economic Issues*. Lincoln: Sep, tomo 31, núm. 3.
- Schuurman, Frans (2003). "Social Capital: the Politico-emancipatory Potential of a Disputed Concept". *Third World Quarterly*, Dec, Vol. 24 issue 6.
- Smith, Stephen Samuel y Kulynych, Jessica (2002). "It May be Social, but Why is it Capital? The Social Construction of Social Capital and The Politics of Language". *Politics & society*, Vol. 30 núm. 1, march.
- Szreter, Simon y Woolcock, M. (2004) "Health by association? Social Capital, Social Theory, and the Political Economy of Public Health".

- International Journal of Epidemiology*. aug., Vol. 33, Iss. 4.
- Tarrow, Sidney (1996). "Making Social Science Work Across Space and Time: A Critical Reflection on Robert Putnam's Making Democracy Work". *The American Political Science Review*. Jun., Tomo 90, núm. 2.
- Turner, Jonathan (2000). "The formation of social capital". En: Dasgupta, Partha y Serageldin, Ismail (2000).
- Vélez-Ibáñez, Carlos G (1993). *Lazos de confianza. Los sistemas culturales y económicos de crédito en las poblaciones de los Estados Unidos y México*. México: FCE.
- Vidal, Avis C. (2004) "Building Social Capital to Promote Community Equity". En: Hutchinson, Judy y Vidal, Avis C. (editors). "Using Social Capital to Help Integrate Planning Theory, Research and Practice. Symposium". *Journal of the American Planning Association*. Primavera, Vol.70, núm.2.
- Zhao, Yandong (2002). Measuring the Social Capital of Laid-off Chinese Workers. *Current Sociology*, July, Vol. 50(4):